

# 6 voces miradas

## La casa sin ventanas

### **Alberto García Teresa (Madrid, 1980)**

Doctor en Filología Hispánica con *Poesía de la conciencia crítica (1987-2011)* (Tierradenadie, 2013), ha publicado *Para no ceder a la hipnosis. Crítica y revelación en la poesía de Jorge Riechmann* (UNED, 2014) y *Disidentes. Antología de poetas críticos españoles (1990-2014)* (La Oveja Roja, 2015). Perteneció a la asamblea editora de *Caja de resistencia. Revista de poesía crítica*. Es autor de los poemarios *Hay que comerse el mundo a dentelladas* (Baile del Sol, 2008), *Oxígeno en lata* (Baile del Sol, 2010), *Peripecias de la Brigada Poética en el reino de los autómatas* (Umbrales, 2012), *Abrazando vértebras* (Baile del Sol, 2013) y *La casa sin ventanas* (Baile del Sol, 2016), así como de la plaqueta *Las increíbles y suburbanas aventuras de la Brigada Poética* (Umbrales, 2008). También el libro de microrrelatos *Esa dulce sonrisa que te dejan los gusanos* (Amargord, 2013).

Habitamos una ciudad de casas sin ventanas. Dentro de los muros, de cara a la pared, incapaces de imaginar algo que no sea “un patio interior, rodeado de sí mismo”. Se reclama “exilio para los herejes/ que hablan de una vida/ más allá de estos muros”. Esta poderosa imagen se abre en poemas, por lo general breves, a veces casi aforismos, donde el horror es aquello que vemos como cotidiano; o lo que ignoramos, pues sólo los herejes sueñan y dudan en esta casa tapiada. Sin ventanas pero con alambradas y puertas de seguridad. Preciso será cuestionar a los arquitectos, romper este simulacro de vida. Alberto García Teresa ha escrito un tema: el desastre ecológico, la alienación, la fantasmagoría del presente. Un tema —el capitalismo— con muchas variaciones. En cada una de ellas está la miseria, el dolor y la angustia de los habitantes de esta casa. Y sin embargo puede producirse, contra todas las expectativas, que un árbol que se diría muerto reverdezca y siga vivo. Porque, como dice Jorge Riechmann en el epílogo del libro: “A veces, contra todo pronóstico, una ventana en la casa sin ventanas” A esta lúcida esperanza nos llaman los versos de este libro.

*Antonio Crespo Massieu*

**CADA VEZ LEVANTAMOS** más tabiques  
en la casa sin ventanas.  
Cada vez,  
el espacio se acota con mayores gritos,  
con mayor sed de estrellas.

A pesar de la solidez de las paredes,  
de toparnos con ellas a cada instante,  
aún fantaseamos  
con la infinitud de las habitaciones,  
con la interminable profundidad de los armarios,  
con el orden eterno  
de las alacenas.

¿**DÓNDE QUEDA EL** otro?  
¿Dónde nosotros mismos  
en la casa sin ventanas?

**LOS LABIOS SE** reparten por turnos  
siguiendo un catálogo de besos.

En cada abrazo,  
se repiten meticulosamente los mismos pasos  
que han solapado cada muestra de afecto  
en la casa sin ventanas.

Sabemos acariciar sólo  
en una única dirección.

**EL DISEÑADOR DE** etiquetas  
es el filósofo de referencia  
en la casa sin ventanas.

¿**PARA QUÉ**  
levantar la vista  
de nuestras manos  
cuando corretean entre los dedos  
cientos de resplandores nuevos sin descanso,  
si existe un surtido  
inagotable  
de laca de uñas?

¿Cómo levantarla de nuestros pies  
si estamos siempre  
en el paso siguiente,  
en el paso que viene?

**VIVIMOS EN UN** pasado mañana perpetuo.

El presente se deshace en cadenas  
de aspiraciones.

No existe rastro,  
pues el dibujo del polvo  
se petrifica a cada instante.

Ningún camino parece llegar o partir  
de la casa sin ventanas.

**ES FÁCIL ASIMILAR**  
que son inagotables y sólo nuestros  
el gas de la calefacción, la luz,  
el carburante de los motores,  
cuando siempre se ha visto nacer  
al agua  
de un grifo.

**EN LA CASA** sin ventanas,  
un atlas es  
literatura fantástica.

**COMO NO PUEDEN**  
atravesar los muros  
las canciones, los discursos,  
las entretejidas teorías de los intelectuales,  
los largos soliloquios del sufriente, del enamorado, del soñador,

sólo dialogamos con el eco  
en la casa sin ventanas.

**LA CASA SIN** ventanas  
está repleta de espejos.

**SIN VENTANAS.**

Pero con alambradas,  
con puertas de seguridad,  
con tarjetas de vigilancia,  
controles de paso,  
de visado,  
vallas, espacios de internamiento  
antesalas de la expulsión,  
patrullas en los soportales,  
pasaportes electrificados.

Casa sin ventanas:  
fortaleza para los de fuera;  
cárcel para los de dentro.

**EN LA CASA** sin ventanas,  
las goteras siempre son  
un problema causado  
por los de abajo.

**¿Y DÓNDE ESTÁ**  
la casa sin ventanas?

**CONSTITUYEN LA SIMETRÍA** de las cenefas,  
la concordancia de los pliegos  
del papel de las paredes  
y el encaje de los rodapiés  
objeto de profusos estudios,  
destino de costosas innovaciones técnicas,  
causa de pugna entre escuelas  
y apellidos que rivalizan  
para ejercer el control de los diseños.

Cada nueva generación arranca  
azulejos, tapices, planchas  
y coloca las suyas.

Así se reinventa el mundo  
de la casa sin ventanas.

**CUÁNTAS VECES NOS** hemos perdido  
deambulando por laberintos de escaleras,  
atropelladamente avanzando en hileras,  
ensordecidos por las alarmas  
para regresar al mismo punto  
de la casa sin ventanas.

**LA ALTERNATIVA AL** mando  
tiene como máxima aspiración  
un anhelo que muchos compartimos:

un patio interior  
en la casa sin ventanas.

Un patio con sus mangueras,  
con sus cuerdas de tender,  
con sus baldosas color terroso,  
con su cielo bien techado.

Un patio interior,  
rodeado de sí mismo,  
exuberante  
de autoengaño de libertad.

Algún día,  
quién sabe,  
quizá podamos conseguir  
ese simulacro  
de brisa.                      irresistible

**SE REVISAN LAS** cañerías.  
Se pintan las paredes.  
Se superponen planchas de tarima.  
Se sustituyen los lavabos.  
Se examina el cableado.  
Se limpian los conductos del gas.  
Se renueva el mobiliario.

Pero nunca son cuestionados  
los arquitectos  
de la casa sin ventanas.

# 7 subrayados subrayados

## La desfachatez intelectual. Escritores e intelectuales ante la política.

Ignacio Sánchez-Cuenca. 224 pp. Los Libros de la Catarata, 2016. 17,5 €. ISBN: 978-84-9097-110-9

Sánchez-Cuenca se enfrenta en este acertado libro a un problema de muy difícil solución sobre el que, sin embargo, conviene llamar frecuentemente la atención: la indigencia intelectual de muchos opinadores profesionales, la bancarrota ética y cívica de unos cuantos santones de nuestras letras que parecen disfrutar de una patente de corso que les permite participar en los medios con absoluta impunidad, independientemente de la pobreza de sus argumentos, de la insostenibilidad de sus consideraciones o la estulticia a la que se aferran. No es, desde luego, un asunto exclusivamente español, como parece pensar Sánchez-Cuenca, como comprobamos leyendo las patochadas de ciertos intelectuales extranjeros, pero sí que es verdad que la cantidad de escritores metidos a “expertos en todo” en nuestro país es desmesurada. Y también es cierto que, a estas alturas, a algunos de ellos da la impresión de que se les considera intocables. Además, no pocos especialistas muestran una alegría impropia al defender unas tesis y unas propuestas carentes de rigor, mal pergeñadas, sin fundamento y poco realistas.

En *La desfachatez intelectual*, el autor denuncia este hecho y, algo menos frecuente, pone nombres y apellidos, aporta ejemplos y analiza casos concretos. Son, fundamentalmente, dos los temas a los que se ciñe: el nacionalismo y la crisis económica, aunque ligados

a ellos aparecen la regeneración democrática, el terrorismo y la política y los políticos. Y son tres los textos que analiza para denunciar su posible inanidad: *Todo lo que era sólido*, de Muñoz Molina; *Qué hacer con España. Del capitalismo castizo a la refundación de un país*, de César Molina; y *El dilema de España*, de Luis Garicano, a los que suma numerosos ejemplos de Juan Manuel de Prada, Pérez Reverte, Félix de Azúa, José Antonio Marina, Fernando Savater, Javier Cercas o Vargas Llosa, distinguiendo las memeces sin sentido de algunos de estos escritores, independientemente del valor de su obra literaria, de las aseveraciones endebles, poco argumentadas o frágiles pero con sentido de los especialistas.

Al final del libro, se introduce alguna propuesta para intentar mejorar ese bajísimo nivel intelectual que denuncia, mas son soluciones un tanto ingenuas que no creo que vayan a resolver el problema. Se trata de un asunto ya viejo, relacionado con el compromiso del intelectual, y que solo se disolverá una vez que la sociedad haya alcanzado un grado de madurez cultural suficiente como para rechazar por sí misma las opiniones disparatadas, ridículas, absurdas, insensatas o torpes, por mucho que se lancen desde medios hasta hace poco acreditados o las pronuncien figuras que, en algún momento pudieron sí tener algo interesante que decir. Sea como fuere,